

## V

### FEDERICO NIETZSCHE

Así como el egotismo ha encontrado su poeta en Ibsen, ha encontrado su filósofo en Nietzsche. Nietzsche es quien nos proporciona la teoría, ó por lo menos algo que nos ofrece como tal, de la divinización de la palabrería huera é incoherente por medio de la pluma, el color y la arcilla de los parnasianos y de los estetas, el incensamiento del crimen, de la lujuria, de la enfermedad y de la podredumbre de los diabólicos y decadentes, y la glorificación del hombre que «quiere», que es «libre», que es «plenamente él mismo» de Ibsen. Proporcionar las teorías ha sido siempre, notémoslo de paso, la obra de la filosofía, pues ésta desempeña en la especie el mismo papel que la conciencia en el individuo. La conciencia tiene la tarea ingrata de imaginar motivos razonables y explicaciones plausibles para los instintos y las acciones inspiradas por lo inconsciente. De igual manera la filosofía se esfuerza en encontrar fórmulas de aparente profundidad para las particularidades del sentimiento, del pensamiento y de la actividad de una época, que tienen sus raíces en los acontecimientos de la política y de la civilización y en condiciones climatéricas y económicas, arreglándoles una especie de uniforme de la lógica. La generación vive sin preocuparse de una teoría de sus especialidades, conforme á la necesidad histórica de su evolución; empero la filosofía se apresura á seguir sus pa-

sos medio cojeando, reúne con más ó menos orden en su álbum los rasgos dispersos de su carácter, las manifestaciones de su salud y de su enfermedad, completa metódicamente este álbum con un título, una paginación y un punto final, y lo coloca satisfecha en su biblioteca entre la colección de sistemas de la misma forma reglamentaria. Los sistemas filosóficos no contienen verdades auténticas ni explicaciones reales y exactas, pero son testigos instructivos de los esfuerzos de la conciencia de la especie para proporcionar con acierto ó torpemente, á la actividad inconsciente de ésta, en un tiempo dado, las excusas que reclama la razón.

Cuando se leen uno tras otro los escritos de Nietzsche, se adquiere desde la primera á la última página la impresión de que se está en presencia de un loco furioso que con los ojos centelleantes y echando espuma por la boca, suelta una oleada ensordecedora de palabras, gesticulando salvajemente, y que en medio de sus vociferaciones, ora estalla en locas risotadas, ora lanza torpes injurias y maldiciones, ora se entrega á una danza vertiginosa ó se precipita con el rostro amenazador y el puño levantado sobre los visitantes ó adversarios imaginarios. En cuanto este torrente inagotable de frases puede dejar vislumbrar un sentido, se muestran como elementos fundamentales una serie constantemente reiterada de apercepciones delirantes que tienen su origen en alucinaciones y procesos orgánicos patológicos que se pondrán de relieve en el transcurso de este capítulo. Aquí y allí surge una idea clara que, como ocurre siempre en todos los casos en los locos furiosos, reviste la forma de una afirmación imperiosa, algo así como una orden despótica; Nietzsche no trata siquiera de argumentar; cuando la idea de una objeción posible nace en su imaginación, se burla ó se ríe de ella, ó decreta rotundamente: «¡Es falso!» («Harto más razonable es esta teoría representada, por ejemplo, por Heriberto Spencer... Según esta teoría, es

bueno lo que siempre ha sido útil; gracias á esta utilidad, las cosas pueden tener un considerable valor, un valor en sí. Este modo de explicación es también falso, pero al menos la explicación misma es razonable en sí y psicológicamente defendible». (*Sobre la Genealogía de la Moral*, 2.<sup>a</sup> edición, pág. 5.) «Este modo de explicación es también falso». Esto basta; ¿por qué es falso? ¿en qué es falso? Porque Nietzsche así lo ordena. El lector no tiene el derecho de preguntar más). El mismo Nietzsche contradice además casi todos sus dogmas, tan violentamente dictatoriales. Primero dice una cosa, después afirma lo contrario, y ambas cosas, con igual violencia, á menudo en el mismo libro, y á veces hasta en la misma página. De cuando en cuando, Nietzsche tiene conciencia del mentís que se da á sí mismo, y entonces pretende que ha querido divertirse burlándose del lector. («Es difícil ser comprendido, sobre todo cuando se piensa en *gangasrotogati*, y se vive exclusivamente entre gentes que piensan y viven de otro modo, yo quiero hablar de los *kurmagati*, ó mejor aún de los *mandeigagati*, caminando á la manera de la rana;—en cuanto á mí, hago todo lo posible para ser difícilmente comprendido... En cuanto á los «buenos amigos», se les trata bien, concediéndoles de antemano campo libre y lugar abierto para las equívocas,—así se puede reír todavía—ó suprimir completamente á estos buenos amigos—¡y también riéndose!»— (*Más allá del Bien y del Mal*, 2.<sup>a</sup> edición, pág. 38.) Y más abajo, en la pág. 51: «Todo lo que es profundo gusta del disfraz; las cosas más profundas hasta tienen odio á la imagen y á la comparación. El *contraste*, ¿no sería quizás el disfraz verdadero bajo el cual caminaría el pudor de un Dios?»)

La naturaleza de las afirmaciones dogmáticas es muy característica. Ante todo hay que habituarse al estilo de Nietzsche, aunque el alienista no tiene en verdad, por qué hacerlo; conoce ya perfectamente este género, pues

con frecuencia lee escritos, generalmente no impresos, cuya marcha de ideas y la dicción son semejantes á éste, y el alienista los lee, no por gusto, sino para prescribir la reclusión del autor de semejantes manuscritos en una casa de orates. Pero el profano, por lo contrario, puede quedar aturdido fácilmente por el tumulto de las frases, hasta que se haya orientado. Así, en cuanto ha adquirido un poco el hábito de discernir entre los tambores y los pífanos de la ensordecedora música de feria, el tema propiamente dicho, y percibe entre la espesa polvareda vertiginosa de palabras que hacen casi imposible la visión clara, la idea fundamental, nota inmediatamente que las afirmaciones de Nietzsche son, ó lugares comunes ataviados como caciques tatuados con corona de plumas y anillo en la nariz, de tan baja especie, que una colegiala se avergonzaría de emplearlos en sus composiciones de clase, ó bien constituyen rugidos dementes errantes muy lejos de toda posibilidad de hacerlas objeto de un examen razonable y de una refutación. Entre mil ejemplos de una y otra clase, me limitaré á escoger uno ó dos.

En *Así habló Zaratustra*<sup>1</sup> hallamos: (tercera parte, página 9): «Precisamente había allí una gran puerta ante la cual nos detuvimos. «Mira esta gran puerta, enano, continué diciéndole; tiene dos caras. Dos caminos se juntan aquí; nadie los ha seguido hasta el final. Esta larga calle que baja dura una eternidad. Y esta otra larga calle que sube es otra eternidad. Se contradicen estos caminos, ¡tropiezan uno con otro!—Y aquí es, en esta gran puerta, donde se reúnen. El nombre de la gran puerta está escrito encima de ella: Instante.—Pero si alguien siguiera uno de estos dos caminos,—siempre más adelante, siempre más lejos, ¿crees tú, enano, que ambos caminos se contradirían eternamente?»

Soplemos la espuma de jabón de estas frases ¿Qué significan en realidad? El instante fugitivo del presente es el punto en que se tocan el pasado y el porvenir. ¿Pero puede calificarse de pensamiento esta trivialidad que se cae de su peso?

<sup>1</sup> El nombre de Zoroastro en persa.

*Así habló Zarathustra*, cuarta parte, pág. 124 y siguientes: El mundo es profundo, y más profundo de lo que ha pensado el día. ¡Déjame! ¡Déjame! Soy demasiado puro para ti. ¡No me toques! ¡No ha llegado á ser mi universo precisamente perfecto? Mi piel es demasiado pura para tus manos. ¡Déjame, día estúpido y groseramente obtuso! ¡No es más clara la media noche? Los más puros deben ser los dueños de la tierra, los más desconocidos, los más fuertes, las almas de la media noche, que son más claras y más profundas que todo día... Mi desgracia, mi felicidad, son profundas, ¡oh día extraño! Pero, sin embargo, yo no soy un dios, un infierno de Dios: profundo es su sufrimiento. El sufrimiento de Dios es más profundo, ¡oh mundo extraño! ¡Apodérate del sufrimiento de Dios, no de mí! ¡Qué soy yo!—Una suave lira ebria—una lira de media noche, una rana chillona como una campana que nadie comprende, pero que *debe* hablar, ante los sordos, ¡oh hombres superiores! Porque vosotros no me comprendéis. ¡Pasol! ¡Pasol! ¡Oh, juventud! ¡Oh, medio día! ¡Oh, Tardel! Ahora ya han llegado la tarde, la noche, la media noche... ¡Ah! ¡Ah! ¡Cómo suspira, cómo ríe, cómo alienta y respira débilmente la media noche. ¡Qué sobriamente habla esta poetisa ebria! ¡Ha bebido quizá más allá de su borrachera? ¿Se ha vuelto demasiado despierta? ¡Refunfuña al revés!—La vieja y profunda media noche refunfuña al revés su sufrimiento en sueños, y más aún su alegría, pues la alegría, si bien el sufrimiento es profundo, la alegría es aún más profunda que el sufrimiento del corazón... El dolor dice: ¡Desaparece! ¡Márchate, sufrimiento!..., pero la alegría quiere volver de nuevo, lo quiere todo eternamente semejante á sí misma. El dolor dice: ¡Destrózate, sangra, corazón! ¡Marchad, piernas! ¡Alas, volad! ¡Subel! ¡Arriba, dolor! ¡Y bien, vamos! ¡Oh, viejo corazón mío! El dolor dice: ¡Desaparece! Hombres superiores..., si en alguna ocasión quisisteis que uno fueran dos, si en alguna ocasión habéis dicho: ¡Tú me agradas, felicidad! ¡Largo de aquí, instantel! vosotros lo volvisteis á pedir *todo*. Todo de nuevo, todo eternamente, todo encadenado, atado, amoroso, ¡oh! entonces *amáis* el mundo;—vosotros, inmóviles, le amáis eternamente y siempre, y decís también al sufrimiento: ¡desaparece, pero vuelve! Porque todo placer quiere—la eternidad. Toda alegría quiere la eternidad de todas las cosas, quiere miel, quiere la hez, quiere una media noche ebria, quiere tumbas, quiere el consuelo de las tumbas, quiere un crepúsculo dorado,—¡qué no quiere la alegría! La alegría es más sedienta, más cordial, más hambrienta, más terrible, más oculta que todo sufrimiento, quiere á *sí* misma, muerde en *sí*. La voluntad de lanillo lucha en ella... la alegría quiere la eternidad de todas las cosas, quiere profunda, profunda eternidad».

¿Qué quiere decir esta loca borrasca de torbellinos de palabras? ¿Que se desea un fin al dolor y la duración á

la alegría! Este es el maravilloso descubrimiento que Nietzsche expone en estas frases dementes.

He aquí ahora algunas aserciones ó giros de lenguaje que son visiblemente propias de un enajenado:

*La Gaya Ciencia*, pág. 59: «¿Qué es la vida?—La vida—es: rechazar perpetuamente de sí algo que quiere morir; la vida—es: ser cruel é implacable hacia todo lo que se debilita ó envejece en nosotros y no sólo en nosotros.»

Los hombres capaces de pensar han creído siempre, hasta ahora, que la vida consistía en recibir continuamente alguna cosa dentro de sí mismo; expulsar lo que está gastado no es más que un fenómeno que acompaña á la asimilación de nuevas materias. La frase de Nietzsche expresa, bajo una forma sibilítica, la idea de la visita matinal á cierto lugar reservado. Los hombres sanos asignan á la idea de la vida más bien la representación del comedor que la del retrete.

*Más allá del Bien y del Mal*, pág. 92: «Es una delicadeza por parte de Dios el que aprendiese griego cuando quiso hacerse escritor—y que no lo aprendiera mejor».—Página 95: Consejo bajo la forma de charada:—«Para que el lazo no se rasgue... debes primero morderlo.»

Yo no me atrevería á presentar la explicación ó la interpretación de este sentido profundo.

Los pasajes citados dan ya al lector una idea de la manera de escribir de Nietzsche. Es siempre la misma en la docena de volúmenes que ha publicado, grandes ó pequeños. Sus libros ostentan diferentes títulos, de ordinario significativos por su carácter de demencia; pero no constituyen más que un solo y único libro. Puede uno equivocarse de volumen leyéndolo, sin que lo note; sus obras son una serie de salidas incoherentes, prosa y rimas de aleluya mezcladas, sin principio ni fin. Es muy raro que se encuentre en sus libros una idea un poco desarrollada, que algunas páginas seguidas estén ligadas por un pensamiento unitario, por una argumentación lógica.

mente encadenada. Nietzsche tenía evidentemente la costumbre de escribir con apresuramiento febril sobre el papel todo cuanto le pasaba por la cabeza, y cuando el montón era suficientemente voluminoso, lo enviaba á la imprenta y resultaba un libro. El mismo califica orgullosamente de «aforismos» estas barreduras de ideas y los admiradores de Nietzsche consideran precisamente como un mérito especial esta incoherencia de su composición <sup>1</sup>. Cuando se habla de un sistema moral de Nietzsche no hay que imaginarse que él ha desarrollado alguno en alguna parte. Todos sus libros, del primero al último, encierran simplemente consideraciones diseminadas aquí y allí sobre cuestiones de moralidad y sobre la situación del hombre con relación á la especie y al universo, que permiten divisar, reunidas, algo así como una concepción fundamental. A esto es á lo que han llamado la filosofía de Nietzsche. Sus discípulos, por ejemplo Kaatz, ya cita-

<sup>1</sup> Dr. Hugo Kaatz, *La Concepción del mundo, de Federico Nietzsche*, primera parte: «Civilización y moral»; segunda parte: «Arte y vida», Dresde y Leipzig, 1892. Primera parte, pág. 6: «Estamos habituados, sobre todo en lo que se refiere á los más profundos problemas de ideas, á una exposición sistemática y cerrada... Nada semejante se encuentra en Nietzsche. Ninguna de sus obras forma un todo acabado; ninguna es completamente comprensible sin las demás. Hasta en cada libro, separadamente, falta toda estructura orgánica. Nietzsche escribe casi exclusivamente en aforismos que, ya en dos líneas, ya en varias páginas, son completos en sí mismos y no suelen presentar entre ellos una relación directa, coherente... Con una orgullosa indiferencia respecto del lector, el autor ha evitado hasta practicar una puerta en la valla establecida por él mismo que encierra estrechamente su creación intelectual. Es preciso luchar para llegar hasta él», etc. Nietzsche mismo nos ofrece también, respecto de su método de trabajo, un dato muy claro, á pesar de su aparente obscuridad, y que parece una confesión: «Yo me irrito ó me avergüenzo de escribir; escribir es para mí una necesidad.—Pero entonces, ¿por qué escribes?—Sí, amigo mío, sea dicho entre nosotros: yo no he encontrado todavía otro medio de desembarazarme de mis pensamientos (Nietzsche es quien subraya la palabra).—¿Y por qué quieres desembarazarte de tus pensamientos?—¿Por qué lo quiero? ¿Acaso lo quiero yo? Yo me veo obligado á ello». *La Gaya Ciencia*, nueva edición, pág. 114.

do, después Zerbst <sup>1</sup>, Schellwien <sup>2</sup> y otros, han tratado de dar á esta pretendida filosofía cierta forma y cierta unidad, pescando en los libros de Nietzsche cierto número de pasajes que concordaban en algún modo unos con otros y que han yuxtapuesto. Siguiendo este método también pudiera establecerse una filosofía nietzscheana que fuera absolutamente lo contrario de la que han aceptado dichos discípulos. En efecto, como ya lo hemos dicho, Nietzsche contradice cada una de sus afirmaciones en alguna otra parte, y cuando se decide uno cínicamente á la falta de honradez de no tener en cuenta más que los dogmas de un género determinado é ignorar los que les son opuestos, se puede deducir de los escritos de Nietzsche, á gusto de cada cual, un modo de ver filosófico dado, ó bien el absolutamente opuesto.

La doctrina de Nietzsche preconizada por sus discípulos como ortodoxa, crítica los fundamentos de la moral, investiga el punto de partida de las ideas del bien y del mal, examina el valor para el individuo y para la sociedad, de lo que hoy se llama virtud y vicio, interpreta el origen de la conciencia y trata de dar una idea de los fines del desarrollo de la especie, es decir del hombre ideal, del «super-hombre». Voy á intentar un resumen de esta doctrina de una manera tan concisa como sea posible y usando con frecuencia los propios términos del autor, pero sin el farrago de sus frases inútiles que hacen perder constantemente la hilación.

La moral reinante «dora, diviniza, idealiza hasta el más allá los instintos no egoístas, los de la piedad, la abnegación de sí mismo, la inmólación de sí mismo». Pero esta moral de piedad «es el gran peligro de la humanidad, el principio del fin, el alto, la fatiga que mira hacia atrás, la voluntad que se vuelve contra la vida». «Neces-

<sup>1</sup> Dr. Max Zerbst, *No y Sí*, Leipzig, 1892.

<sup>2</sup> Roberto Schellwien, *Max Stirner y Federico Nietzsche: Fenómenos del espíritu moderno y esencia del hombre*, Leipzig, 1892.

sitamos una crítica de los valores morales. El mismo valor de estos valores es el que hay que someter á examen de una vez. Hasta aquí no se ha dudado en conceder más valor al bueno que al malo, más valor en el sentido de progreso, de utilidad, de prosperidad, desde el punto de vista del hombre en general, incluyendo aquí el porvenir del hombre. ¿Y qué? ¿Y si la verdad fuera lo contrario? ¿Y qué? ¿Y si hubiera en el hombre bueno un síntoma retrógrado, un peligro, una seducción, un veneno, un narcótico, gracias á los cuales el presente resultara que vive á expensas del porvenir? ¿Quizás más cómoda, menos peligrosa, pero también más bajamente y en un estilo menor? ¿De modo que precisamente la moral sería la causa de que la potencia y el esplendor supremos posibles del tipo hombre no fueran nunca alcanzados? ¿De modo que precisamente la moral sería el peligro de los peligros?».

Nietzsche responde á estas cuestiones, que plantea en el prefacio de su libro *Sobre la Genealogía de la Moral*, desarrollando su idea sobre el origen de la moral actual.

En los principios de la civilización humana, Nietzsche ve «un carnicero, una magnífica fiera rubia, buscando voluptuosamente el botín y la victoria». Estos «carniceros sueltos, estaban libres de toda coacción social; en la inocencia de su conciencia de fieras regresaban—monstruos alegres—de una serie espantosa de asesinatos, incendios, violaciones y torturas con una orgullosa satisfacción y equilibrio de alma, como si no hubieran realizado más que simples bromas de estudiante». Las rubias fieras constituían las razas nobles; se arrojaron sobre las razas menos nobles, las vencieron y las esclavizaron. «Un tropel de rubios carniceros, una raza de conquistadores y de amos, militarmente organizada (nótese esta palabra «organizada», pues tendremos que volver de nuevo sobre ella), con la fuerza de organizar, poniendo sin escrúpulo sus patas formidables sobre una población quizás inmen-

samente superior en número, pero todavía informe y errante, fundó el Estado. De aquí se ha deducido esa fantasía que ha hecho empezar al Estado por un contrato; el que puede mandar, el que es dueño y señor por naturaleza, el que se muestra brutal en la acción y en el gesto, ¿para qué necesita hacer contratos?».

En el Estado así nacido, no hubo pues, más que una raza de señores y una raza de esclavos. Entonces la raza de los señores creó desde luego las ideas de moral, distinguiendo entre el bien y el mal: bueno fué sinónimo para los amos de noble; malo, de vulgar. La raza dominante sintió como buenas todas sus propias cualidades y como malas las de la raza subyugada. Bueno era la dureza, la crueldad, el orgullo, el valor, el desprecio del peligro, la alegría de la audacia, la falta extrema de consideraciones; malos, eran «el cobarde, el miedoso, el mezquino, el que pensaba en la estrecha utilidad; igualmente el desconfiado, con su mirada recelosa, el que se humillaba, la especie canina de hombres que se dejan maltratar, el mendigo adulador, y ante todo el embustero». Tal es la moral de los señores. La significación etimológica de las palabras que hoy expresan la idea «bueno», revela lo que se entendía por «bueno» cuando reinaba todavía la moral de los señores: «Yo creo poder interpretar, como «guerrero», el vocablo latino *bonus*: suponiendo que yo derivo, con razón, *bonus* de un antiguo *duonus* (compárense *bellum—duellum—duem—lum*, de donde me parece que se ha conservado este *duonus*). *Bonus*, así como hombre de discordia, de desunión (*duo*), como guerrero: se ve aquí lo que constituía en la antigua Roma «la bondad» de un hombre».

La raza subyugada tuvo naturalmente, una moral opuesta: la moral de los esclavos. «La mirada del esclavo está envidiosa de las virtudes del poderoso; está llena de escepticismo y de desconfianza; tiene finura de desconfianza contra toda cosa «buena» que allí está honra-

da. A la inversa; aquí se preconizan y glorifican las cualidades que sirven para sobrellevar la existencia de los que sufren; aquí se honran la piedad, la mano complaciente y caritativa, el corazón compasivo, la paciencia, la aplicación, la humildad, la amistad, porque son las cualidades más útiles y casi los únicos medios para soportar el peso de la existencia. La moral de los esclavos es esencialmente la moral utilitaria».

Durante cierto tiempo la moral de los señores y la moral de los esclavos, subsistieron una al lado de otra, ó más exactamente, una debajo de otra. Después sucedió algo extraordinario: la moral de los esclavos se rebeló contra la moral de los señores; la venció, la destronó y se puso en su lugar. De aquí se siguió una nueva evaluación de todas las ideas de moral (cosa que en su jerga de demente, Nietzsche llama una «transvaluación de los valores»); así pues, lo que anteriormente, bajo la moral de los señores, había pasado por bueno, ahora era malo, y viceversa. La debilidad se convirtió en una cualidad, la crueldad en un crimen; el sacrificio de sí mismo, la compasión por los sufrimientos de otro, el desinterés, se transformaron en virtudes. Esto es lo que Nietzsche llama «la rebelión de los esclavos en la moral». «Los judíos han realizado este esfuerzo increíble de la mutua inversión de los valores. Sus profetas han fundido en una sola las palabras «rico», «impío», «malvado», «violento», «sensual», y han acuñado por vez primera el vocablo «mundo» como palabra de opróbio. La importancia del pueblo judío estriba en esta mutua inversión de valores, (á la cual pertenece emplear la palabra «pobre» como sinónimo de «santo» y de «amigo».)

La «rebelión moral de los esclavos judía» era una venganza contra la raza de señores que habían oprimido durante largo tiempo á los judíos, y el instrumento de esta venganza inmensa fué el Salvador. «¿No ha llegado Israel precisamente por el camino tortuoso de este «reden-

tor», de este aparente adversario y destructor de Israel, al último límite de su rabia sùblime de venganza? ¿No forma esto parte del arte oculto de una política verdaderamente *grande* de venganza, de una venganza trascendental, subterránea, lenta y calculadora, que Israel mismo ha tenido que negar á la faz del universo como algo mortalmente hostil, y ha atado á la cruz el instrumento de su venganza, á fin de que «todo el universo», es decir todos los adversarios de Israel, pudieran sin vacilar morder precisamente este cebo? Y por otra parte, ¿se puede imaginar por un supremo refinamiento de espíritu un cebo aun más peligroso? ¿Hay algo que se asemeje en potencia atractiva, embriagadora, ensordecedora, corruptora, á este símbolo de la «Santa Cruz», á esta espantosa paradoja de un «dios en la cruz», á este misterio de una última, extrema é inimaginable crueldad y auto-crucifixión de Dios por la salvación del hombre? Lo que por lo menos es seguro es que *sub hoc signo*, Israel ha triunfado siempre de nuevo, con su venganza y su transvaluación de todos los valores, de todos los demás ideales, de todos los ideales más nobles».

Debo llamar la atención del lector muy especialmente sobre este pasaje, rogándole que transforme en representación este estrépito y esta crepitación de palabras. Veamos: Israel quería vengarse del universo entero, y decidió, en consecuencia, clavar al Salvador en la cruz, y crear por este medio una nueva moral. ¿Quién era este Israel que concibió y ejecutó este proyecto? ¿Era un Parlamento, una oficina, un soberano, una asamblea popular? ¿Fué sometido el proyecto primero á una deliberación y á una votación general antes de que «Israel» lo realizase? Es necesario tratar de representarse claramente en todos sus detalles materiales el acontecimiento que Nietzsche nos describe como premeditado, querido y consciente de su finalidad, para ver bien toda la demencia de esta sucesión de palabras.

Desde la rebelión judía de los esclavos en la moral, la existencia sobre la tierra, que hasta entonces había sido por lo menos una voluptuosidad para los fuertes y los audaces, para los nobles, para los señores, se convirtió en una tortura. Desde esta rebelión domina lo contra-natural (*Unnatur*), en el cual el hombre se empequeñece, se debilita, se encanalla y degenera poco á poco, porque el instinto fundamental del hombre sano no es el desinterés y la compasión, sino el egoísmo y la crueldad. «Herir, violentar, explotar, destruir, no pueden ser en sí mismas cosas injustas, en tanto que la vida funcione *esencialmente*, es decir en sus funciones fundamentales, hiriendo, violentando, explotando y destruyendo, y nó puede siquiera concebirse la vida sin este carácter. Un orden legal... sería un principio hostil á la existencia, un destructor y un disolvente del hombre, un atentado al porvenir del hombre, una señal de fatiga, un camino secreto hacia la nada». «Ahora se entusiasman por todas partes, incluso bajo disfraces científicos, con estados sociales futuros en los que ha de desaparecer todo carácter explotador.—Esto resuena en mis oídos como si se prometiera inventar una vida que se abstuviera de todas las funciones orgánicas. La «explotación» no pertenece á una sociedad corrompida ó imperfecta ó primitiva; pertenece á la *esencia* de las cosas vivas, como función orgánica fundamental»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Ya he refutado este necio sofisma, que asimila la vida á una explotación, antes de que Nietzsche lo expusiera en estos pasajes citados de *Sobre la Genealogía de la Moral*, pág. 66, y de *Más allá del Bien y del Mal*, pág. 228. Véase *Las Mentiras convencionales de nuestra civilización*, (traducción de la 13ª edición alemana por Augusto Dietrich, París, 1878, p. 214): «No se puede aceptar como justa esta frase (la de Proudhon: la propiedad es el robo) mas que partiendo del sofisma de que todo lo que existe, existe para sí mismo, y toma en el mero hecho de su existencia su derecho á pertenecerse á sí mismo. Desde tal punto de vista, en efecto, se roba la brizna de paja que se arranca, el aire que se respira, el pez que se pesca; pero entonces también la golondrina es una ladrona cuando se traga una mosca, lo mismo que el gusano que para comer aguje-

El instinto fundamental del hombre es pues, la crueldad, y para ésta no hay sitio en la nueva moral de los esclavos. Pero un instinto fundamental no se deja desarraigar, queda vivo y reclama sus derechos; hay que buscar por tanto, una serie de derivaciones para él. «Todos los instintos que no se proyectan al exterior se vuelven hacia el interior. Estos terribles baluartes, mediante los cuales la organización política se defendió contra los viejos instintos de la libertad,—los castigos forman parte en primer término de todos estos baluartes—tuvieron por resultado que se volvieron hacia atrás todos los instintos del hombre salvaje errante libremente; todos estos instintos se volvieron contra el hombre mismo. La enemistad, la crueldad, la alegría de la persecución, del ataque por sorpresa, del cambio y de la destrucción,—todo esto revolviéndose contra los poseedores de dichos instintos: he aquí el origen de la «mala conciencia». El hombre que, en ausencia de enemigos y de resistencias exteriores, encerrado en un estrecho espacio opresor y en una regularidad de costumbres, impacientemente se desgarró, se persiguió, se mordió, se golpeó, se maltrató él mismo, ese animal á quien se quería «domesticar» y se hería contra los barrotes de su jaula, ese ser sometido á las privaciones y devorado por la nostalgia del desierto, que debía crear con su propio cuerpo una aventura, un lugar de tortura, una soledad poco segura y peligrosa,—este loco, este prisionero lleno de deseo y desesperado, fué el inventor

rea la raíz de un árbol. La naturaleza en este caso no está poblada más que de archiladrones; todo lo que vive, es decir todo lo que toma del exterior y transforma orgánicamente materias que no le pertenecen, no hace más que cometer robos. Un pedazo de platino, que ni siquiera toma del aire un poco de oxígeno para oxidarse, sería el único ejemplo de honradez sobre nuestro globo. No, la propiedad que resulta de la industria, es decir el cambio de una suma determinada de trabajo contra una suma proporcionada de bienes, esta propiedad no es un robo». Substituyendo en este párrafo en lugar de la palabra «robo», la palabra «explotación», empleada por Nietzsche, tendremos la respuesta á estos sofismas.

de la «mala conciencia». «Esta voluntad de torturarse á sí mismo, esta crueldad reconcentrada del hombre-animal que tuvo que volverse hacia adentro, replegarse en sí mismo, que ha inventado la mala conciencia para hacerse daño, después que la terminación natural de esta voluntad de hacerse daño había sido cegada», se ha formado también la noción de la falta y del pecado. «Nosotros somos los herederos de la vivisección de conciencia y de la autotortura de animales de millares de años». Pero también toda la justicia, el castigo de los «se-dicentes» criminales, la mayor parte de las artes, sobre todo la tragedia, son disfraces bajo los que puede mostrarse todavía la crueldad primitiva.

La moral de los esclavos, con su «ideal ascético» de la auto-supresión y del desprecio de la vida y con su invención torturadora de la conciencia, ha permitido, en verdad, que los esclavos puedan vengarse de sus señores; y además también ha domado á los espantosos hombres-carniceros, procurando así á los pequeños, á los débiles, á la plebe, á las bestias de rebaño, mejores condiciones de existencia; pero en cambio ha perjudicado á la humanidad en su conjunto, paralizando precisamente el libre desarrollo del tipo humano más elevado. «La degeneración general del hombre hasta lo que les parece hoy á los necios y pesados socialistas como su «hombre del porvenir»—;como su ideal!—esta degeneración y empequeñecimiento del hombre en completa bestia de rebaño (ó como ellos dicen, en hombre de la «sociedad libre»), esta bestialización del hombre en animal enano con pretensiones y derechos iguales», es la obra de destrucción de la moral de los esclavos. Para cultivar la humanidad hasta el esplendor supremo, hay que volver á la naturaleza, á la moral de los señores, al desencadenamiento de la crueldad. «El bien de la mayoría y el bien de la minoría son puntos de vista de evaluación opuestos; imaginarse que el primero es indudablemente el que tiene más valor, es una

manera de ver que nosotros abandonamos á la candidez de los biólogos ingleses». «A la antigua consigna engañosa del privilegio de la mayoría, al intento de querer rebajarlo todo, á la humillación, al nivelamiento, al descenso y al hundimiento en el crepúsculo del hombre», nosotros hemos de «oponer ruidosamente la terrible y arrebatadora consigna del privilegio de la minoría». «Como un último indicador del otro camino apareció Napoleón, este hombre, el más único y el que ha nacido más tarde de cuantos han existido, y en él apareció encarnado el problema del noble ideal en sí, Napoleón, esta síntesis del contra-hombre y del super-hombre».

El hombre intelectualmente libre ha de colocarse «más allá del bien y del mal»; estas nociones no existen para él; examina sus instintos y sus actos á fin de conocer el valor que tienen para él mismo y no para los demás, para el rebaño; hace cuanto le causa placer, sobre todo si con esto atormenta á los demás y les perjudica y hasta les aniquila; á él se aplica la regla de vida de los antiguos Asesinos del Líbano: «Nada es verdad, todo es permitido». Con esta nueva moral, la humanidad podrá en fin producir el super-hombre. «Así nosotros encontramos como el fruto más maduro de su árbol, el soberano individuo, el individuo solamente semejante á sí mismo, desembarazado de la moralidad de la moral, el individuo autónomo, super-moral (porque «autónomo» y «moral» se excluyen), en una palabra, el hombre de una propia y amplia voluntad independiente». Esta misma idea está expresada ditirámbicamente en *Así habló Zaratustra*: «El hombre es malo—así me dicen todos los sapientísimos como consuelo. ¡Ah! ¡Si siquiera esto fuera verdad hoy todavía! Porque la maldad es la mejor fuerza del hombre. El hombre debe llegar á ser mejor y más malo, tal es mi doctrina. Lo más malo es necesario para conseguir lo mejor del super-hombre. Esto ha podido ser bueno para aquel predicador de las pobres gentes, que sufrió y so-